

EL TEXTO DEVOTO EN EL ANTIGUO REGIMEN: EL LABERINTO DE LA CONSOLACION *

LEON CARLOS ALVAREZ SANTALO

RESUMEN

En contraste con el rigor y la erudición de los libros espirituales de teólogos y doctores, limitados necesariamente en su alcance por la exigencia de una elevada preparación para su lectura, el género menor del libro de devoción, muy extendido en el Antiguo Régimen, presenta una enorme influencia en el conjunto social, desde su misma identificación con rasgos y comportamientos estereotipados. A partir del examen de algunos textos principales, seleccionados entre los distintos subgéneros de la literatura devocional de la época, se analizan los recursos característicos de esta manifestación de la cultura religiosa y sus implicaciones psicológicas en un público lector extraordinariamente amplio

SUMMARY

In contrast with the rigor and erudition of the spiritual books of doctors and theologians, which, because they require such a high level of preparation on the part of the reader, have a necessarily limited readership, the lesser genre of the prayer book, very popular throughout Spain's Old Regime (16th-17th century) has a great social impact stemming from its means of identification with stereotyped traits and behaviors. A selection of prayerbook texts of this period are studied in order to analyze the characteristics of this type of religious literature as well as to infer its psychological implications for the extremely broad sector of society that it reached.

“Si tratáredes de amores... toparéis con León Hebreo que os hincha las medidas. Y si no queréis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa tenéis a Fonseca, Del amor de Dios, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare a desear...”.

Miguel de Cervantes

“Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, suspendan, alborocen y entretengan de modo que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas”.

Miguel de Cervantes

* Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada el día 7 de marzo de 1990, dentro del ciclo “Ideología y mentalidades en la España del Antiguo Régimen”, organizado por el Departamento de Historia Moderna y de América.

En otras ocasiones me he referido ya al peso de la lectura devocional sobre la conducta social y su presumible carácter de matriz constante y repetitiva para la producción y evaluación de tics de comportamientos láicos y religiosos¹. Con todo, pocas veces tenemos la oportunidad de manosear con eficacia estas piezas menores de la literatura religiosa que, sin embargo, gozaron del favor de los lectores, casi por aclamación, y multiplicaron su presencia en las costumbres estereotipadas de la sociedad hasta convertirse prácticamente en tópicos. Porque, es evidente que no me estoy refiriendo aquí a la caza mayor del libro espiritual, con hechuras de doctores y exigencias de un nivel superior de cultura y gusto, lectores, para ser alcanzado; por el contrario, la fauna devocional aludida es, siempre, pieza menor, liebres y perdices de paladares esquemáticos y, en cierta medida, estragados por el exceso, la frecuencia y el abuso. Volveremos, después, para establecer alguna“ reflexión sobre la identidad de tales paladares y la veracidad y funcionalidad del diseño bipolar, cultura religiosa-incultura religiosa.

Comencemos por recoger algún apunte literario que nos tranquilice sobre la realidad social de la lectura devocional, más allá de la incuestionable evidencia de los inventarios notariales.

En su muy conocida (y muy leída) “Guía y aviso de forasteros” de 1620², Liñán y Verdugo nos describe a un personaje que, como casi todos los que diseña, pretende ser representativo y paradigmático; se trata de un hombre *en estado, viudo, en edad anciano, presencia compuesta, canas venerables, de quebrada salud*, que recibe huéspedes en el *peligroso* Madrid de la época. Pues bien, este hombre *ejemplar*, en su rutina cotidiana, se nos presenta, *sentado en una silla de no menos años (que él), sobre un cojín que fue de terciopelo, leyendo en un libro, a lo que parecía, de devoción ayudado de unos anteojos que hacían más grave su presencia*. Insisto en recordar que no se trata de una situación puntual y anecdótica sino de la descripción de una

1. ALVAREZ SANTALO, L. C.: *El libro de devoción como modelado y modelador de la conducta social: el “Luz a los vivos” de Palafox (1668)*, en *Revista Trocadero*, 1, Cádiz, 1989, pp. 7-25.

ALVAREZ SANTALO, L. C.: *La oferta de pautas de conducta cotidiana y la cimentación de valores en el libro devocional del barroco: un ensayo metodológico*, en *Revista Archivo Hispalense*, 220, Sevilla, 1989, pp. 127-150.

ALVAREZ SANTALO, L. C.: *Adoctrinamiento y devoción en las bibliotecas sevillanas del siglo XVIII* en ALVAREZ SANTALO BUXO Y R. BECERRA: *La religiosidad popular* (Barcelona, 1989, 3 vols.), vol. II, pp. 21-45. Del mismo autor, la *Introducción* al volumen III, pp. 7-13.

2. LIÑAN Y VERDUGO, Antonio: *Guía y Avisos de forasteros que vienen a la Corte*, (1620) por la edición *Costumbristas Españoles. Siglos XVII al XX*, Aguilar, Madrid, 1964. Las citas siguientes en p. 35.

rutina diaria de un posadero, que se presenta a sí mismo (en una cierta reminiscencia picaresca) como un hidalgo vizcaíno venido a menos: *...también tengo yo en Vizcaya... mis dos paredes caídas de casa solariega y cuatro árboles de mayorazgo* y un pobre viejo de ochenta y dos años, gotoso *por haber andado en la mocedad quizás más de lo que conviniera*. No es difícil “traducir” un estereotipo ejemplarizante: anciano, enfermo, con cultura presuntamente superior a su rol social y con una juventud disipada, lee devoción como último refugio del aburrimiento y en, tal vez, conducta compensatoria de una juventud evocada como “culpable”, al menos, de frivolidad. Si este esquema podía sugerir una limitación específica al tópico de la lectura devocional, podemos añadir otras citas sin abandonar el autor y la obra. Esta vez se trata de la conducta del propio protagonista, *un maestro graduado en Artes y Teología*, quien, paseando en compañía de un hidalgo que acaba de conocer, se acerca a la calle de Santiago *y al pasar por aquellas librerías acordeme de cierto libro de devoción que había salido nuevo y me lo había envido a pedir un deudo amigo mío desde mi patria; pedí por el libro, mostráronmele, concertele en un real de a ocho...* No tiene mayor importancia lo que sigue salvo que por la oficiosidad del desconocido *y la gana que tenía el librero de despachar su libro, me hube de hallar con él en las manos*³. De nuevo, nos asomamos a rutinas banales; ni en el ejemplo anterior, ni en éste, el libro o la lectura constituyen elemento de interés para la historia que se nos cuenta (un enredo amoroso en el primero y un timo clamoroso en el segundo); el libro y la conducta que se relaciona con él constituyen, en ambas ocasiones, una pincelada de verismo, utilizada por el autor al desgairé y sin poner en ella la menor intencionalidad. En el ejemplo que ahora nos ocupa han desaparecido aquellos elementos de limitación que apreciábamos en el primero (vejez, enfermedad, posible arrepentimiento) y, por el contrario, se añaden algunos nuevos: precio, librerías y, sobre todo, la sugerencia de hábitos lectores relacionados con lo devocional que evocan, de una parte, la existencia de información específica sobre las novedades editoriales y, de otra, la pulsión, casi de coleccionista, que exige al familiar o al amigo la adquisición y el envío de las novedades. Queda, como único elemento restrictivo (con vistas a una posible extrapolación de estas conductas al conjunto social) el carácter elitista-intelectual del protagonista y, por ello, presumiblemente, el de su familiar o amigo para quien compra. Sin salirnos todavía de Liñán y Verdugo, nos detendremos en un tercer ejemplo todavía más esclarecedor. Otra vez en boca del anterior Maestro de Arte y Teología, quien se dirige ahora a un auditorio de amigos para “avisarles” de los peligros de la Corte, encontramos las siguientes

3. LIÑAN Y VERDUGO, Antonio: *Op. cit.*, p. 50.

puntualizaciones: *Cuando llegaremos a tratar de los libros que será conveniente que lea* (el forastero incauto que se deja caer por los Madriles), *le advertiré y enseñaré que... lea al Padre Pedro de Guzmán de la Compañía de Jesús, en el libro que intituló “Bienes del honesto trabajo y daños de la ociosidad” y hallará tantos desengaños y tantas verdades... que le obligue a mirar entre que hombres anda y con qué maneras de gente comunica*⁴. Parece como si nuestro costumbrista se hubiere propuesto facilitarme el trabajo, puliendo y afinando las alusiones a la lectura devota en un crescendo de concreción; del viejo que lee un, *a lo que parecía*, libro de devoción, hasta esta cita concreta con pelos y señales que se refiere a un libro real y un autor real que puede encontrarse en bibliotecas inventariadas en el siglo XVIII. No tendremos tanto detalle y afinamiento en otra referencia, esta de Juan de Zabaleta, en su “Día de fiesta por la mañana”, de 1654: *Estando poniendo el sobreescrito a la carta, entra uno de estos... saca hn librito de la faltriquera, diciéndole que es nuevo, de materia gustosa y de autor aprobado... ábrele por el principio, lee el título, contentase de él...*⁵; nunca sabremos si la materia gustosa y el título contentador se refieren a devociones, pero ¿por qué no suponerlo? Más pesimista se muestra Torres Villarroel (en 1746) en sus “Visiones y visitas...”⁶, lo que nada tiene de particular cuando su colega de visita madrileña es el fantasma de D. Francisco de Quevedo; en el capítulo dedicado a las “Librerías y libros nuevos” (en que, a fuer de sinceros no dedica una sola alusión a libros devotos), le comenta al poeta espantado de ignorancias: *Al fin los estantes de los libros son banquetes de polillas y refectorios de ratones*. D. Francisco, al borde de una apoplejía fantasmal, se ve obligado a exclamar: *Miren qué libros de filosofía moral buscan los hombres para enriquecer el juicio, para estudiar el desengaño, para dirigir las acciones, para enfrenar las osadías de la irascible y para las destemplanzas de la concupiscencia, si no es un arte de embravecer el apetito... solicitándole espuelas a la gula*. Debe aclararse que el *arte de embravecer* y la solicitud de espuelas a la gula, no era otra cosa que un “arte de cocina”, comprada por un cliente con *el rostro entre mascarón de navio, sumidero de taberna o escotillón de mosto*. Con todo, interesa más fijarnos en los “campos de lectura” que Villarroel, vía Quevedo, añora: la filosofía moral, el enriquecimiento del juicio, el estudio del desengaño, la dirección de las conductas, el freno de las osadías y las concupiscencias; buena panoplia que, con mejor o peor fortuna y estilística, proporcionaba la literatura devocional del ya para entonces lejano siglo XVII. En cierto

4. LIÑAN Y VERDUGO, Antonio: *Op. cit.*, p. 95.

5. ZABALETA, Juan de: *El día de la fiesta por la mañana* (1654), por la edición *Costumbristas...*, *op. cit.*, p. 218.

6. TORRES VILLARROEL, Diego de: *Visiones y visitas de Torres con D. Francisco de Quevedo por Madrid*, (1746) por la edición *Costumbristas...*, *op. cit.*, p. 383.

sentido, la retórica y destemplada queja-añoranza podría utilizarse como una prueba de la rutina lectora, a lo menos de antaño (respecto al XVIII, claro está). Que la literatura devota, incluso la más elemental, tendía a cubrir los objetivos añorados, puede garantizarlo un experto como el Doctor José Boneta y Laplana que, que en 1706, daba a la imprenta un librito paradigmático del género, su “Gracias de la Gracia; saladas agudezas de los Santos”; en el prólogo afirma, sin empacho, la utilidad moral de su obra: *A los profanos pues si se aumentan libros de este género no harán falta las comedias... a los espirituales... para salir con él al campo... a las comunidades religiosas para no dispensar el silencio en refectorio, días solemnes: pues leyendo en ese caso... se excusa la dispensación, se logra el divertimento, se saca enseñanza, se observa el silencio, se cumple la regla... a quien haya de predicar de alguno de los santos... en pocas líneas verá sus más heroicas empresas que le podrán servir de basas a sus discursos y le fluirán copia abundante de virtudes para el epílogo!* Con seguridad esta opinión debían tener muy arraigada las protagonistas de la “novela y escarmiento catorce” de nuestro Liñán y Verdugo⁸ ya que en su casa *procurábase que no hubiese rato ocioso y los que parecía que sobraban de la labor ordinaria de las mujeres se gastaban en la lectura de libros santos, porque D. Martín, como era rico bastantemente, llegaba su renta a cumplir con sus obligaciones y a traerlo sobrado*. Teníamos viejos, como lectores de devoción, doctores de calidad comprándolos para deudos y recomendándolos para incautos pretendientes; tenemos ahora honestas amas de casa y el cuadro se va completando. A retener el detalle de que la existencia de libros santos parece vincularse a una holgura de renta en una, quizás, equívoca alusión a su costo. Curiosa paradoja que, cuento adelante, la hija, tan ahíta de lectura piadosa, encuentre su desgracia por un libro, aunque muy diferente, por serlo “de enredos y cuentos amorosos”. Cambiando de autores y género, en *La Pícaro Justina*, López de Úbeda describe una escena (que pone en boca de la protagonista) entre Justina y un ermitaño, mitad falsario, mitad *gran guardiño*, y que en opinión de la heroína misma, *tiene figura de ángel, voz de diablo y pasos de ladrón*; dice Justina: *Estaba en el mesón en hábito de ermitaño... y en viéndome tomó un libro en la mano que decía llamarse “Guía de pecadores”. Y yo, como pecadora descarriada, lleguéme a él para que me guiase*⁹. Dada la catadura del ermitaño en cuestión, no pa-

7. BONETA Y LAPLANA, José: *Gracias de la gracia; saladas agudezas de los santos, insinuación de alguna de sus virtudes, exemplos de la virtud de la eutropelia*, Barcelona, 1706. Las citas en el prólogo-dedicatoria sin paginar.

8. LIÑAN Y VERDUGO, Antonio: *Guía y avisos... Op. cit.*, y ed. cit., p. 126.

9. LOPEZ DE UBEDA, Francisco: *Libro de entretenimiento de la pícaro Justina*, (1605), por edición *La Novela Picaresca española*, Aguilar, Madrid, 1974, 2 vols. La cita en vol. I, p. 1338.

rece que repugne el que aceptemos la referencia como testimonio de la popularidad y utilización del libro devoto por *cualquier* miembro de la escala social. Por último, en *La Vida del Escudero Marcos de Obregón*, Vicente Espinel pone también en boca del huésped de nuestro protagonista, ya de vencida, que nos lo describe como *un Abraham de piedad porque su casa y hacienda eran siempre para hospedar peregrinos y caminantes*, otra referencia precisa: *¿Y con esa vida tan segura tenéis algunas pesadumbres que os inquietan?* (pregunta Marco), *Por Dios, señor, respondió, si no es cuando no hallo la hacienda bien hecha o la comida por aderezar no tengo pesadumbre y esa, con leer en el ‘Memorial de la Vida Cristiana’ de Fray Luis de Granada*¹⁰, *se me quita como por la mano*. Omito cualquier comentario a una tan palmaria confesión sobre una de las posibilidades de la funcionalidad de la lectura devota. Yéndonos hacia Anales de siglo (1787) S. M. Rubín de Celis y Noriega, en sus cartas de *El Corresponsal del Censor*, hace figurar, como recuerdos de infancia del autor, los siguientes: *Me hacía leer todas las noches la vida del santo del día (como si importase algo saber vidas ajenas), un capítulo de las obras de Fray Luis de Granada y otros del Kempis...*; semejante arsenal no hacía feliz al protagonista porque *...como para mí todos (los libros) son iguales, pues ninguno leo voluntariamente, tampoco puedo dar voto*¹¹. Dejemos por ahora estos signos de conductas tópicas y casi frecuentes, pese a que ninguna esperanza de mejora social le merecían a Torres Villarroel, que pone en la boca del fantasma quevediano, más que perplejo, un párrafo de los de bronce y mármol digno de pregonarse hoy en villa, corte y cortijo: *¿Es posible que han llegado los libros —dijo el sabio muerto— a juzgarse por ladrones del tiempo, enemigos del deleite y dañados del gusto, los que antes eran familiares de la vida, consejeros del juicio y eficaz arbitrio para desenojar un pobre su fortuna?*¹².

No pretendo agotar citas sino sugerir que la evidencia de la lectura piadosa, que nos ofrecen los escribanos, tiene también eco en literatura de costumbres, pese a que no se trata de conducta tan llamativa como para atraer la atención de críticos sociales y avisadores más o menos inquietos por el deterioro de la moral social. Mi objetivo directo es examinar algunos contenidos de estas piezas de cultura generalizada (y no necesariamente de “cultura popular” en el sentido de inocente e intencionada, descalificación, que con frecuencia, se da al término) y reflexionar sobre el peso y el tipo de los mensajes que, en su día, pudieron ser percibidos por los lectores. Para no convertir estas páginas en un mero florilegio de textos he escogido li-

10. ESPINEL, Vicente: *La Vida del escudero Marcos de Obregón*, (1618) por edición *La Novela Picaresca...*, *op. cit.*, p. 1.338.

11. S. M. RUBIN DE CELIS, *Op. cit.*, en edic. *Costumbristas...*, *op. cit.*, p. 579.

12. TORRES VILLAROEL: *ob. cit.* d. 382.

bros que, cumpliendo el requisito de su pertenencia indudable al género y su constatación en inventarios sevillanos del XVIII, se distribuyan, con cierta representatividad, por los distintos subgéneros. Con todos los riesgos que representa una opción cualquiera, la elección abarca: un éxito editorial más allá de toda frontera regional o nivel cultural, la *Mística Ciudad de Dios* de la madre Agreda (1657); un clásico “tremendista” del P. Nieremberg (del género preparación para la muerte), *De la diferencia entre lo temporal y eterno; crisol de desengaños...* (1640); una virulenta diatriba contra los judíos como mal universal, de (1679), el *Centinela contra judíos* de Francisco de Torrejoncillo; una colección de sermones de cuaresma de un “virtuoso” de la talla del P. Posadas y de título tan definitivo como *Ladridos evangélicos del perro* (1696); por último una obra muy peculiar que debería haber leído Umberto Eco y que hubiera interesado algo a su lúcida tesis de las relaciones entre el humor y la iglesia, el *Gracias de la gracia; saladas agudezas de los Santos* (1706). La elección podría haber sido cualquier otra cosa; he tenido en cuenta para escogerlos algunas variables: que sus autores gozasen de una indudable popularidad, atestiguada por su presencia frecuente en inventarios de bibliotecas; que los libros mismos fuesen éxitos editoriales constatables y de segura difusión; que cubriesen del mejor modo posible la panoplia de recursos a los que ya aludimos (didactismo directo, maravillosismo, exigencia de rigor moral, apologismo y propuesta de paradigmas); por último, pero en modo alguno en último lugar, que todos figuren indistintamente en inventarios de libros de personas de cultura superior y en los de clases populares. He tenido especial interés en este aspecto por razones obvias. Reiteradamente he sostenido que la lectura devota (y sin duda otras manifestaciones más mostrencas de la “cultura religiosa”, pero ahora no hablamos de ellas) constituye un tremedal en el que chapotean, con gozo similar, el promedio de la cultura religiosa, digamos, elitista y la, digamos, popular¹³. Teniendo en cuenta el complejo debate abierto sobre

13. Salvo error por mi parte, interpreto que Domínguez Ortiz se refiere precisamente a esta situación cuando afirma: *Salvo la protesta ocasional de algún clérigo ilustrado, Iglesia y Pueblo comulgaban en la misma fe en lo maravilloso, en el mismo afán de ver prodigios e intervenciones de la divinidad en todas partes*; y con pocas probabilidades de error de interpretación se refiere con autoridad al tema: *La aceptación por los representantes de la Iglesia Oficial de todo este entramado fabuloso es un dato esencial para comprender el auge que tuvieron entre nosotros aquellas formas popularistas de la religiosidad, su asunción o tolerancia por parte de las autoridades y la dificultad de marcar a ese tipo de religiosidad un límite superior*; y en un enunciado todavía más drástico: *La religiosidad popular no estaba ligada a jerarquías sociales; era una manera de sentir, de vivir la religión. Su dominio no era la doctrina, el dogma, sino la ceremonia, el rito*; o bien esta otra matización: *... el primer error que hay que desmontar es identificar la religión popular con la religiosidad del pueblo, de las clases inferiores de la sociedad... también hubo tipos de religiosidad popular muy característicos en las áreas urbanas en las que participaron con enorme entusiasmo todas las*

los niveles de las manifestaciones de la vivencia religiosa y el calibre de los contendientes¹⁴ no conviene ahora acercarse mucho al tema, no sea que salgamos algo descalabrados. Sorprende, no obstante, que algunas evidencias pasen desapercibidas de manera tan espectacular. Recordaré únicamente, a título de aviso singular, que características tan estructurales de la fenomenología religiosa como “lo piadoso”, tienen unas exigencias de condicionamiento psicológico más rígidas de lo que parece; la rigidez no afecta exclusiva y necesariamente al problema de creerse, o no, lo que se lee sino a *la posibilidad* de lo que sea o no real y a la satisfacción-consolación que tal posibilidad produce. No he dicho nunca que un obispo tenga *necesariamente* que creer *los mismos* milagros, maravillas o fantasmas que un ignorante campesino; lo que sostengo es que ambos *tienen necesariamente* que compartir la aceptación del milagro, la maravilla y el alma del purgatorio y que, a partir de aquí, la frontera entre lo que se acepta y se rechaza

clases sociales incluso las más altas. (Todas las citas proceden de *Iglesia institucional y religiosidad popular en la España barroca*, en F. CORDOBA; J. P. ETIENVRE: *La fête, la ceremonie, le rite*, Casa de Velázquez, Granada, 1990). En el prólogo a una obra densa y explícita sobre religiosidad (la de SANCHEZ LORA, J. L. *Mujeres, Conventos y formas de la religiosidad barroca*, Madrid, 1988) yo había sugerido: *Hablamos de múltiples componentes cuando utilizamos un término tan amplio como religiosidad; no podemos esperar que su adecuación con sectores sociales se produzca por modificaciones completas de todo el conjunto. El nivel de información doctrinal de un miembro del clero, culto, no puede intervenir en una mejor captación del concepto de milagro (por ejemplo) que la que puede tener un sencillo creyente; la esencia eficaz de lo milagroso no permite ser deseada a base de información...* (la cita en la p. 15). Por último, un peso pesado del tema, J. C. Schmitt, resumiendo un apretado estado de la cuestión que él titula como una *panorámica prematura*, señala: *...je voudrais insister sur le fait que la problématique de l'histoire de la culture populaire ne peut s'enfermer dans de modes d'opposition binaire, tels que savant versus populaire, lettré versus non-officiel, etc...* (de *Le médiéviste et la culture populaire*, en *Culturas populares: diferencias, divergencias, conflictos*, Madrid, 1986. La cita en p. 35).

14. Como anécdota, en una lección magistral de oposiciones (muy reciente) con el título: *El desarrollo cultural: la cultura popular*, el candidato había espigado una bibliografía, selectiva, de 107 títulos; júzguese pues la avilantez de dar bibliografía en una nota. Por cierto, de esos más de cien títulos, 66 son posteriores a 1980; eso puede dar una idea de por donde van los tiros. Por no dejar la nota tan vacía que no resulte de alguna utilidad, me remitiré a cuatro títulos que pueden resultar de mayor eficacia en menesteres de cultura religiosa: J. C. SCHMITT, *La fábrica de santos*, en *Historia Social*, 5, 1989, pp. 129-145; W. A. CHRISTIAN, *De los santos a María: panorama de las devociones a santuarios españoles...*, en V.V.A.A.: *Temas de Antropología Española*, Madrid, 1976; V.V.A.A.: *Culturas populares: diferencias, divergencias, conflictos*, Madrid, 1986, de estas Actas de un Coloquio celebrado en la Casa de Velázquez, en 1983, a subrayar las aportaciones de J. REVEL: *La culture populaire: sur les usages et les abus d'un outil historiographique* (pp. 223-240); R. CHARTIER, *Livres bleus et lectures populaires. Mi. XVIIe siècle-debut XIXe siècle: un terrain d'affrontement* (pp. 329-369); ALVAREZ SANTALO, L. C.; BUXO, M. J. y RODRIGUEZ BECERRA, S. (Coords.): *La religiosidad popular*, 3 vols., Barcelona, 1989, Actas de un coloquio interdisciplinar sobre el generico del título, celebrado en Sevilla en 1987.

es tan vidriosa como falaz. Y sostengo, también, que existe el problema añadido de la “consolación” que ambos reciben, de una “información” que realimenta su posición ante el mundo, los demás y ellos mismos. Esta “información” se transmite por toneladas en la que llamamos literatura devocional. Si se me piden más precisiones, podría añadir que la “consolación”, a la que me refiero, se concreta, entre otros, en aspectos como los siguientes:

—*La satisfacción de participar (y compartir) en una “situación” religiosa mucho más próxima a la naturaleza inteligible* que el organigrama de piezas dogmático-morales que se exige, como andamio imprescindible, de la proximidad de lo sobrenatural; una “situación”, pues, asimilada al universo de los sentimientos y al de las pautas de conducta que resultan absolutamente familiares (afectivas, económicas, de autoridad-obediencia, jurídicas, ... etc.). Cada hombre se encuentra “intelectualmente” cómodo en medio de ellas porque, experimentalmente, supone conocer-comprender los motivos y las reglas. El “mundo”, sobrenatural, por definición, se presenta, en puridad, ajeno a tales pautas; cualquier portillo abierto en semejante muralla (y lo “devoto” los abre de tal modo que podría no quedar ni muralla) resulta un consuelo inapreciable y, en consecuencia, un banderín de enganche de mayor cuantía. En esta situación, un mayor nivel de “información” académica, o la posesión de mayores destrezas, en cuanto a la percepción de *lo real* no garantizan, en modo alguno, la impermeabilidad ante el estímulo que supone “naturalizar” lo sobrenatural (si se me permite el barbarismo). Si ya se ha partido del misterio, como piedra angular y cimiento de todo el sistema, no es esperable que se arriesgue la paz intelectual y afectiva por misterio de más o de menos; sobre todo porque no existe ninguna necesidad de hacerlo, salvo por autodisciplina y autoexigencia.

—*La satisfacción que produce participar en situaciones lúdicas.* Una parte de tal satisfacción parece provenir (en opiniones autorizadas) de la capacidad que la estructura del juego ofrece al “jugador”, para “interferir” la supuesta realidad del diseño previo. Esta “interferencia” puede producirse por el esfuerzo imaginativo y se resuelve en la “transformación” del jugador a otros roles de los muchos que el juego ofrece (apetecidos consciente o inconscientemente). La lectura devocional, con harta frecuencia, presenta esta disposición de “juego” (de una forma directa o sesgada), tanto si nos referimos a la lectura de vidas ejemplares, como a discursos emotivos, descripciones sensoriales de la espiritualidad o sugerencias “meditativas” encaminadas a reconstruir procesos o situaciones relacionadas con la liturgia, los misterios religiosos o la historia sagrada.

—*La satisfacción que produce la “convicción” de estar no sólo en el cumplimiento de las exigencias de la propuesta religiosa, sino incluso en el super-*

cumplimiento y el añadido. Esta satisfacción, además, me parece que tiene algo que ver con el atractivo del Kitsch, en el sentido de creer que se está “consumiendo” material de primera calidad cuando se paladea, en realidad, una mediocridad envuelta en apariencias de excelstitud¹⁵,

Basta, por ahora, de puntualizaciones, seguramente no solicitadas, y entremos de lleno en el examen de los contenidos textuales prometidos.

1. *La vida de la Virgen contada por ella misma*

Cualquiera que fuesen las razones que impulsaron a su autora, la madre Agreda, la verdad es que *su Mística ciudad de Dios* constituye, probablemente, uno de los éxitos de lectura devocional más extenso y duradero que percibimos. Redactado dos veces, según su propia confesión (en 1637 y 1655) y habiendo superado no pocas dificultades de censura (inquisitorial y de distintas órdenes religiosas), su vigencia en las bibliotecas del XVIII es casi unánime¹⁶.

La obra pasa por pieza fundamental de la literatura devocional y aún, en ocasiones, de la mística, pero eso no resultó óbice para que la mayoría de las ediciones aparezcan acompañadas de extensos “prólogos-aprobaciones” en que se aborda el, escolásticamente, espinoso problema de las revelaciones “nuevas”. Que una monja, por muy corresponsal de reyes cristianísimos que fuese, se permitiese publicar que la mismísima

15. Ya me he referido en alguna otra ocasión al muy visible paralelismo entre el “consumo devoto” y los Kitsch; supongo que no estará de más convocar en mi apoyo a uno de sus “expertos”; Umberto Eco se refiere a ello en los siguientes términos: *Siendo el Kitsch un Ersatz (sustitutivo) del arte, fácilmente comestible, es lógico que se proponga como cebo ideal para un público perezoso que desea participar en los valores de lo bello y convencerse a sí mismo de que los disfruta sin verse precisado a perderse en esfuerzos innecesarios* y también, Killy (otro experto en Kitsch alemán) se pregunta si la falsa representación del mundo que nos ofrece Kitsch es verdadera y únicamente una mentira o si satisface una insoslayable exigencia de ilusiones alimentada por el hombre; también, por último, *Tomemos como nivel mínimo de una cultura de masas la producción de... historietas de aventuras, de novelas policíacas, o de películas del oeste de baja categoría. En tal caso, tendremos un mensaje que procura producir un efecto (de excitación, de evasión, de tristeza, de alegría, etc...)* y que sume los procedimientos formativos del arte. Todas las citas de Umberto Eco: *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, 1984, pp. 84 y 93. Supongo que no es preciso que proceda a la traslación literal de estas afirmaciones a la literatura devocional.

16. En una tesis doctoral muy reciente: *Libros y bibliotecas para una sociología de la cultura: Valencia, 1740-1808* de Genaro Lamarca Langa, inédita, con una muestra de 253 bibliotecas, la *Mística Ciudad de Dios* resulta el libro devocional con mayor presencia, junto con el Kempis. En la muestra de la Sevilla del XVIII, con treinta bibliotecas que estudié en el artículo citado *Adoctrinamiento y devoción...*, la *Mística Ciudad de Dios* es el libro de devoción más repetido, igual que en Valencia, acreditando su presencia casi en el 40% de la muestra.

Virgen se había tomado la molestia de irle revelando su vida, palabra por palabra (y no es una metáfora a tenor de los largos parlamentos “textuales” que la obra contiene), era algo más que inusitado, incluso para las tragaderas de la época; que, además, lo dijese con la aplastante retórica que comprobaremos a continuación, no contribuía a moderar las opiniones. La monja lo sabía, así que, en la introducción, procura curarse en salud: (el subrayado es mío)

Quién llegare a entender (si por dicha lo entendiere alguno) que una mujer simple, por su condición, la misma ignorada y flaqueza y por sus culpas más indigna... que una mujer como yo se atreve y determina a escribir cosas Divinas y sobrenaturales, no me causara admiración si luego me condenare por más que audaz, liviana y presumptuosa, si no es que en la misma obra y conato halle encerrada la disculpa; pues hay cosas tan altas y superiores... que el emprehenderlas o nace de falta de juicio o se mueve con virtud de otra causa mayor y más poderosa¹⁷.

El asunto queda claro desde el principio, así como que lo escrito son *cosas Divinas* (y la mayúscula es de ella) y la responsabilidad cae en *otra causa mayor*. Pero como Sor María de Agreda escribe como cualquier maestro de oratoria, y aún mejor que muchos, establece tantas precisiones concretas y puntuales como considera oportuno: *y para manifestarlos* (alude a los dones, gracias y tesoros que la divinidad concedió a María) *quanto y quando y como fuere su Unigénito Hijo servido, en su mano está elegir proporcionados instrumentos* (...). *El mismo Señor sabe por qué y para qué a mí, la más vil criatura*, me despertó, llamó y levantó y me dispuso y encaminó, me obligó y compelió *a que escriba la Vida de su digna Madre, Reyna y señora nuestra*. Pensando en los nada emotivos recelos inquisitoriales, la monja le puso mucho valor porque, una página después, ya se había cerrado todo escape de una interpretación metafórica de las palabras subrayadas (los subrayados son siempre míos); después de significar, como parecía lógico, que semejante “encargo” suponía una muy pesada carga para ella, puntualiza: *Y aunque es verdad que su Majestad, algún tiempo antes me tenía prevenida, mandándome la recibiese (la carga en cuestión) y escusándome yo con encogimiento, siempre me consolaba y manifestaba ser esto su beneplácito*. En vista del conflicto y, con él, del tira y afloja (si se me permite una expresión tan vulgar para expresar tan alto debate) resultante, Sor María decide probar con la “interesada”: *Acudí con esta aflicción a la Reyna mi Señora... y*

17. SOR MARIA DE JESUS AGREDA: *Mystica Ciudad de Dios, milagros de su onnipotencia y abismos de la gracia*, Madrid, 1757. La introducción en pp. 1-2; el resto de las citas en pp. 3, 4, 6, 7, 8, 9, 12 y 13.

*aviéndola manifestado mis caminos y deseos se dignó de responderme y me dixo estas suavísimas razones: “Hija mía consuélate y no turbe tu corazón el trabajo, prepárate para él que yo seré tu Madre y Prelada a quien obedecerás y también lo seré de tus súbditas y supliré tus faltas y tu serás mi agente... Pasando por alto un curioso ejemplo de “deísmo” temprano (se dignó de responderme), llamo la atención sobre el texto, entrecomillado por ella, y, por tanto, palabras textuales. Es la primera vez que aparece pero, a partir de aquí, los largos “parlamentos”, a la manera de la historiografía renacentista, serán moneda de curso frecuente. Pero aún hay más (y estamos sólo en la página 8), por si no quedaba bien claro qué método se seguiría en ese ir corriendo el velo a los ocultos y altísimos Sacramentos y Misterios magníficos que en su Vida Santísima están encerrados y encubiertos a los mortales, añade que, en sus continuas conversaciones con la Virgen, añadiendo el mandarme muchas veces que como los entendía los escribiese, que su Majestad me lo dictaría (...) y que su voluntad era (esta vez la del Altísimo) manifestarlos para que yo los escribiese como ella misma me enseñaría. Bien, aún no está completo el cuadro: Y confiriendo este cuidado con los Santos Príncipes y Angeles que el todo Poderoso avía señalado para que encaminasen en esta obra... A continuación aparece otro parlamento “textual” de tan excelentes colaboradores: “Con razón, alma, te acobardas y turbas, dudas y reparas en causa que los mismos ángeles lo hacemos (...) y si queriendo tú obedecer no conviniera, hiciera el Altísimo con tu pluma lo que con el obediente Abraham... que nos mandó a uno de sus espíritus angélicos detuviésemos el brazo y el cuchillo; y no manda detengamos tu pluma sino que con ligero vuelo la llevemos” (...) Y en otras muchas (ocasiones) el Príncipe San Miguel me ha declarado la misma voluntad y mandato del Altísimo... y así lo tengo muchas veces entendido de este Santo Arcángel... y me ha prometido asistirme y enseñarme en esta obra. Como ya se habrá percibido, la singularización de este Arcángel no es fruto del azar, ya que fue el de la Anunciación y es de suponer que podría considerársele un experto en el tema a tratar. No quiero insistir. Imaginemos un lector ávido que en las primeras trece páginas de la introducción del libro encuentra prometidas tales maravillas y a la autora en tertulia continua y disputa prudente nada menos que con el Hijo, la Madre y los coros angélicos (sus príncipes a la cabeza), con la expresión textual de la conversación... ni el lector podría aspirar a más, ni la autora desafiar más flagrantemente a cualquier Tribunal medianamente sensato. A partir de aquí, se inicia un “viaje interminable” por los más ignotos puntos y sin más costo que el trabajo de leer. ¿Quién da más? Y si el lector resultaba “avisado” y algo “reacio” a entregarse, tan a lo ligero, no tenía más que retroceder alguna página a los prólogos-probatorios donde podría encontrar seguridades como estas: *Los fuertes y los flacos, los sabios y los ignorantes y finalmente todo el mundo cogerá copiosos frutos de la lección (lectura) de estos libros; porque se**

hallan en ellos lo más sublime de la Theología, tratado con gran facilidad y expresado con modo tan sencillo, fácil y claro que no es necesario más que comenzar a leerlos con buena intención para entrar en grande inteligencia de nuestros misterios... a cada paso se encuentran cosas admirables, hasta ahora incógnitas, las cuales estaban ocultas... y se hallan en esta Obra descubiertas y sacadas a la luz... meditándolas se gusta cierto sabor extraordinario que no se encuentra en las lecturas humanas... lo que nos ha parecido más razonable es que en esta obra todo nos conduce a creer hay ella alguna cosa más que humana...¹⁸. Si el juicio “razonable” del censor (por cierto, un tal Doctor Herman Damen, Profesor ordinario, Censor de libros, etc... en Lovaina) y crítico es tal, ¿qué puede esperarse del lector bien intencionado?

No debo extenderme más, si quiero recoger lo otros ejemplos prometidos, para abrir lo más posible el abanico devocional. Terminaremos este epígrafe con unas líneas del capítulo XX cuyo título ya es, de por sí, suficientemente esclarecedor: *Lo que sucedió en los nueve meses de el preñado de Santa Ana; y lo que hizo María Santísima en el vientre de su madre en aquel tiempo.*

...Turbado el Dragón con estos recelos (se refiere, claro, al Demonio), determinó quitar la vida si pudiera a la dichosísima Ana; y si no lo conseguía procurar, a lo menos, que tuviese mal gozo de su preñado... con esta audacia se animó a tentar a Santa Ana con muchas sugerencias, espantos, sobresaltos... y habiendo procurado primero derribar la casa de San Joaquín y Santa Ana para que con el susto se alterase y moviese y como no pudo conseguir, porque los Angeles santos le resistieron, irritó a unas mujercillas flacas, conocidas de Santa Ana, para que riñiesen con ella, como lo hicieron con grande ira, injuriándola con palabras muy desmedidas de contumelia...¹⁹.

Ciertamente, este tipo de anécdotas no agota el contenido de la obra. A cada “anécdota” sigue una reflexión sobre lo que lector debe extraer para su perfección espiritual, mezcladas con reiterativas explicaciones de sus “conversaciones” con el Altísimo al respecto. El estilo, farragoso y muy retórico, no hace fácilmente asequible estos “sectores” del libro y contrasta con la fácil redacción de las “anécdotas”. Sirva de muestra este párrafo: *Esta condición tienen los beneficios que descienden de el Padre de las Lumbres, que aseguran humillando y humillan sin desconfianza; dan confianza con sollicitud y desvelo; y sollicitud con sosiego y paz para que estos afectos no se impidan en el cumplimiento de la voluntad divina²⁰.*

18. *Mystica Ciudad...*, op. cit. “Aprobación... por la Universidad de Lobayna”, sin paginar.

19. *Mystica Ciudad...*, op. cit., p. 375.

20. *Mystica Ciudad...*, op. cit., p. 381.

2. *El milagro permanente y la feria de las maravillas: Gracias de la Gracia*

El censor prologuista de la Mística Ciudad de Dios, a más de las opiniones ya reseñadas, había aclarado que una de las virtudes que encontraba al libro era *que servirá utilísimamente* para recrear y aumentar la piedad de los fieles, *el culto de la Virgen Santísima y respeto debido a los sagrados misterios* y también que *la novedad y variedad que en ellas* (en las doctrinas) *se hallan*, alivian al lector y le recrean *sobre ¡o más agradable de el mundo*, instruyéndole y fervorizándole²¹. Si no vamos a creer al benemérito doctor de Lovaina ¿a quién? Supongo que es posible matizar el sentido exacto de cada verbo. ¿Es igual *aumentar la piedad* que *fervorizar*?, ¿qué diferencia hay entre “aliviar” y “recrearlo”?; ¿coincide todo aquello con las precisiones que, al respecto, me permití resumir algunas páginas atrás? El Doctor Boneta que, cuando quiere, hace sus pinitos de conceptista tardío (dedicar un libro que se titula como se titula, *a quien estuviere en gracia de Dios* y prolongar retruécanos y paradojas durante diez páginas de dedicatoria), pensaba que lo que iba a conseguir escribiendo el libro era, entre otras cosas más sencillas, *darte a conocer por virtud a la Eutropelia, de cuyos actos consta este libro y cuyo esencial constitutivo, según San Agustín, Sto. Tomás y los Theólogos, es un hábito que inclina a la reverencia de el ánimo, pausando de la fatiga actual, descanse de la pasada y se corrobore para lo siguiente*. Aclarado de forma tan sencilla y directa el objetivo, el entusiasta “comunicador” que era el Dr. Boneta, decide tirar por el camino de enmedio y nos matiza con la siguiente perla escolástica que, de paso podemos utilizar para los interrogantes de mala retórica que dejé sin contestar algunas líneas ha: *Aunque Aristóteles ciñe la materia de esta virtud a dichos graciosos* (seguimos hablando de la Eutropelia) *pero sus intérpretes y los de Sto. Thomás, la extienden a cualquier juego o diversión de dicho u hecho como sea decorosa, honesta e indiferente y no exceda de los confines de la necesidad. Pero advierto que esta virtud es más delicada que las otras por estar más próxima a quedar en vicio, tropezando o en el extremo de carta de menos u de más: en cualquiera de las espinas que tope se hace pedazos*. Puestos a doctos, nuestro autor no tiene que hacerse de menos valer que otro alguno, de manera que apuntilla esta declaración de intenciones con un nada desdeñable aforismo sellado con cita mitológica: *Tanto importa el sazonar la sabiduría con la afabilidad y, alguna vez, con la chanza, por esto la Docta Antigüedad a Mercurio, Dios de la Eloquencia, lo pinta acompañado de la Gracias*. Pasaremos por alto esta incursión no muy afortunada en la mitología y condensemos ingenio y paradoja en tres mensajes que deben quedar claros (sobre todo para censores y dictaminadores,

21. *Mystica Ciudad...*, op. cit. “Aprobación...”, citada más arriba sin paginar.

que el buen lector ya sabrá lo que le conviene): que el libro es para divertirse; que la diversión a la que se alude no sólo no es lo que parece sino que, como virtud garantizada, es un acto devoto; que, en el fondo y *en última instancia*, todo ello no es más que un disfraz atractivo para la sabiduría que transparenta. Avisado queda también el lector, como lo fue Sancho por otro Doctor, de que todo exceso es malo pero que éste será el peor de todos. El recuerdo de la escena del primer banquete de Sancho no está traído por los pelos; toda la introducción de Boneta recuerda al irónico galeno Tirteafuera, presentando al hambriento suculencias y mandándolas retirar de prisa, por los peligros que en ellas acechan. Pero, en fin, las precauciones inquietantes no traspasan las pocas páginas de la introducción; veamos qué golosinas se despachan páginas adentro:

No bastó sacarlo de noche a un Desierto porque luego la noticia lo hizo poblado, viéndose más veces obligados para defenderlo del tumulto que lo esperaba en la puerta, baxarlo por una ventana; y otras veces a llevarlo por conductos subterráneos, para llegar a donde, por la calle, no podía en muchas horas... Tenía en un lienzo un retrato del demonio y a la noche lo capitulava (es decir, lo llamaba a capítulo) y reprehendía por las obras buenas que le había impedido en aquel día. Decíale: Tú, Tinoso, me has estorbado esto y esto; y entonces lo pisava y arrastrava por el suelo; y como él es tan soberbio (el demonio, se entiende) se sentía tanto que desquiciaba la celda como si bolara por los ayres... Fatigado de trabajar por los pobres, solía ir a ver al Duque de Medina-celi y entrava diciendo: nuestro hermano, necesidad traemos de comer: comía y estando el Duque enfermo solía decirle: ahora descansemos, hágase allá que bien podremos caber ambos en la cama²².

Tan estupendo personaje no era más que un carmelita descalzo, venerable, Fr. Francisco del Niño Jesús, descrito como subnormal *que tenía veinte años y aún no tenía uso perfecto de razón* pero que, es de suponer que también maravillosamente, *Tanto limó la Gracia de su rudeza que* (después) *dictava a quatro escrivanos sin dexar por eso de oír y responder a los circunstantes* y aún más clarificador, *Tres días a la semana comía con el Patriarca (de Valencia) a fin de negociar con él dependencias y alguna vez se había de levantar de la mesa para dar audiencia... era más el golpe de negociantes que venían por el Hermano Fray Francisco, quando estaba allí que el que traían ambas jurisdicciones* (la secular y la eclesiástica cuyos tribunales también estaban, al parecer, en el palacio del patriarca).

Claro que comparado con San Pedro de Alcántara... Este recio ejemplar *solía dormir hora y media (al día) ahincado de rodillas e inclinada la cabe-*

22. *Gracias de la Gracia...*, op. cit., pp. 5-8; las citas anteriores en la Epístola dedicatoria, del propio autor, que no numera las páginas.

za en la punta de un madero que salía de la pared... más de tres años llevó en ella (la boca) unas piedras para que le impidiesen el hablar, diciendo discretamente que lo que se gana en un año de oración se pierde, a veces, en una conversación... nunca vió cara de mujer ni vestido ni cosa suya... jamás vio el techo de su celda... en la calle no veía sino la tierra en que había de poner los pies... En fin murió sin conocer de vista a ninguno ni aún de sus religiosos²³.

A tales cumbres de mortificación (a las que podría añadirse que jamás se puso hábito nuevo, ni aún quando fue llamado de Carlos V para ser su confesor) deben corresponder tales milagros:

...Siendo tan viejo como accidentado estava más de una hora con los brazos en cruz y solía quedarse en esa misma forma arrobado sobre el ayre. Una vez oyendo en la huerta cantar a otro el In principio erat Verbum, sintió tal ímpetu de espíritu que, arrodillado como un ovillo, y levantando un codo del suelo fue como disparado de un trabuco a la Iglesia pasando con esta velocidad quatro puertecitas muy baxas, sin lexión y llegando a vista del Sagrario, paró el buelo, pero no el rapto porque le duró allí mucho tiempo...²⁴.

Lo de llover a cántaros en un camino a una y otra mano y dexar enjuta sólo la carrera por donde iba el Santo era tan corriente que debe ser omitido “por común”; de asuntos acuáticos sólo merecería ser resaltado el prodigio de suspender otra vez en el ayre el agua que caía, sirviéndole ella misma de vóveda.

En cuanto a casos femeninos (tampoco hay por que hacerlos de menos), La Venerable Madre María de Rosas, que nació en Placencia de Extremadura, año de 1613 también disponía de alguna capacidad en casos climatológicos: Como un día, por la gran lluvia, no pudiese ir a visitar a nueve imágenes de María que estaban en diferentes puestos de la Ciudad, vinieron a visitarla a ella, entrándosele por el aposento repentinamente las nueve Imágenes²⁵, El Maestro Ockam sin duda habría lamentado tan palmaria contradicción de su navaja escolástica pero habría, también, admirado sin reticencias sus sufrimientos estigmatizados: Mereció padecer invisible Corona de espinas que atormentaba su cabeza acia adentro... cuyo dolor no la dexava tener derecha la cabeza... teniéndola tan lastimada que blandeava el casco en el cual como en una masa se profundaban los dedos.

Rematemos con S. Vicente Ferrer en broche de oro, que, al fin, predicando en Valencia lo oyeron desde Alicante... Predicava en idioma valenciano y lo entendían los de otras naciones: gracia apenas concedida hasta entonces desde

23. *Gracias de la Gracia...*, op. cit., p. 13.

24. *Gracias de la Gracia...*, op. cit., p. 15.

25. *Gracias de la Gracia...*, op. cit., p. 25, la cita siguiente en la p. 27.

los apóstoles: con tales facilidades no es de extrañar que convirtiera a ciento y cuarenta mil almas y reduxo a cinquenta mil infieles. Es verdad que sus métodos resultaban harto persuasivos:

En un sermón, no más que con decir las palabras tan sabidas de levantaos muertos y venid a Juicio derribó en tierra a treinta mil oyentes... una Imagen suya de bulto, colocada en un plaza de Mallorca, estuvo quince días predicando sin cesar y obrando conversiones... No entrava en un lugar en que no destruyese las Sinagogas de judíos... y predicando a una de las más numerosas con una Cruz en la mano, aparecieron visiblemente Cruces como la suya en las tocas de las judías y en las capas de los judíos que lo oían convirtiéndose y bautizándose todos allí mismo...²⁶.

En realidad, cualquiera hubiera podido predecir tales y tan magníficos resultados ya que *El don de hacer milagros lo tubo de nacimiento... nuebe años no más tenía y lo llevaban por las casas a que hiciese milagros. Siendo aún un niño se le cayó un zapato en el pozo y la misma agua se lo subió enjuto. Siendo religioso, llevaba una campana para tocar a hacer milagros... En vida resucitó veinte y ocho muertos y después de muerto a otros muchos²¹.*

La nómina de milagros desafía la imaginación más surrealista, con frecuentes tintes macabros, escatológicos o de “violencia”; desde los pedazos a medio cocer de un niño, que *una mujer lunática y preñada* pretendía comerse y *hecho cuartos lo cozió en la olla*, que se recompone en niño sano *que por su pie marchó a su casa pidiendo pan*, hasta la señora que asistía a su sermón y que fue a su casa *avisada* por el Santo para encontrar a una esclava suya ahogándole el hijo y que, cuando *remedió esta suerte se bolbió al sermón*. Con frecuencia, y sin que aparezca acritud alguna (ya, lo hemos advertido en casos anteriores) el santo, venerable o beato, ejerce sus poderes “frente” (no exactamente “contra”) a los poderosos, que no salen bien parados aunque *siempre* son recuperables; esta otra vía de “consolación”, de seguro efecto, tampoco debe ser preterida. En este sentido, nada menos que la Reina (no se especifica más) será sujeto de un “duro” correctivo de S. Vicente porque yendo- su majestad a verlo en su celda, *reprehendiéndola el santo este intento*, como *venció el poder de la reyna... quando entro en ella* (en la celda) *se hizo el santo invisible a su Majestad, viéndolo los religiosos que la acompañaban...* El “duelo” acaba con la muerte del rey (profetizada por el santo como castigo a la curiosidad femenina) y unas calenturas de siete años para el (supongo) asustado fraile que le franqueó la entrada.

Llamo la atención, para concluir este vistazo a un género especialmen-

26. *Gracias de la Gracia...*, op. cit., p. 47, las anteriores de este santo en la p. 46.

27. *Gracias de la Gracia...*, op. cit., pp. 48-49, las siguientes de este santo en pp. 50-52.

te hipertrofiado, sobre la absoluta desproporción “inocente” (ingenuamente realista y funcional) entre la situación y el milagro; en la mayoría de los casos, el milagro se produce sobre situaciones banales, de una cotidianidad absurda. No solamente se matan moscas a cañonazos sino que incluso se roza el milagro-revancha y el milagro-desplante, que impregnan las circunstancias de un tufo de feria y barraca, bastante revelador de los mecanismos psicológicos del lector medio, esperado, para quien el desideratum milagroso se refiere más a olla que a estrella.

3. *Un panfleto antisemita: La violencia “caritativa” de Fr. Francisco de Torrejoncillo y su Centinela contra judíos*

El Centinela, de Torrejoncillo, es un panfleto antijudío relativamente extenso e intenso que parece pasar la antorcha antisemita bajo el pretexto apologético. Aunque el autor termina su prólogo con una hipócrita modestia, asegurando que *De pedacitos sacados de unos y de otros he juntado este todo y nada mío más de una voluntad de que sean los judíos conocidos*, la verdad es que desde el prólogo mismo no se ha esforzado lo más mínimo en disimular la virulencia y hasta algún cinismo. Se refiere allí, en efecto, a que el contenido de su obra está tomado de la opinión de *hombres doctísimos y la Sagrada Escritura* y añade: *No temo el que sea murmurado, dicha que puedo agradecer a la materia que trata, pues no habrá alguno que no quiera ser tenido por Christiano viejo; y el que no lo fuere, si es prudente, pretenderá desmentir sospechas, con callar de comprendido. Y es evidente que para murmurar de lo que dicen los autores que en el cito, que es menester obstar primero la información de la limpieza*²⁸. Libro que comienza con tal desvergüenza, dando por sentado que el chantaje social lo protegerá de toda crítica, no puede desembocar sino en un delta arriscado, tópico y visceral. Un vistazo al índice casi nos excusaría de ulterior lectura: encontramos allí un capítulo primero *como los judíos son y siempre han sido presumidos y mentirosos* y un formidable capítulo trece, *De como los Hebreos no tienen de presente honra o nobleza alguna y la grande que tenían la perdieron en la muerte de Christo*; entre ambos hay perlas tan surrealistas tal que el capítulo cuarto, *Cómo los judíos son perseguidores de nuestra Santa Fe Cathólica* (¡extremo desparpajo!); el capítulo sexto, *Cómo no se debe tener confianza de los judíos ni creer en sus obras*; el décimo, *Cómo los judíos son inquietos, vanagloriosos, sediciosos y de ordinario, donde están, siembran discordias*. Con tal secuencia, el capítulo de-

28. TORREJONCILLO, P. FR., Francisco de: *Centinela contra judíos puesta en la Torre de la Iglesia de Dios*, Madrid, 1736. Introducción del autor sin paginar.

cimocuarto y último resulta un monumento al cinismo y al desahogo, de difícil emulación: *De la piedad que nuestra Madre la Iglesia tiene y tendrá con los judíos y hasta quando han de durar en su obstinación*. En 1736 se publicaba ya la decimosegunda edición (según consta en el pórtico de una edición de ese año) que seguía reproduciendo las más altisonantes y derretidas “censuras” que acompañaron a la de 1674 y que constituyen el dintel más adecuado para la obra. Júzguese si no el ramillete procedente de semejantes censores. Fray Juan de Garrovillas (por cierto sobrino y superior del autor) dice haber encontrado en el opúsculo *Un tomo de grandeças agudas, curiosas... doctrinas y consejos muy hijos de su ancianidad y prudencia... para tutela y protección de nuestra Fe Cathólica contra el perfidio Hebraísmo*; al autor lo declara *benemérito de muy colmado premio y perpetua alabanza pues con su trabajo e industria pone en la Iglesia... una Centinela... para que el pueblo Christiano pueda conocer y distinguir a los pérfidos judíos, enemigos... y guardarse y defenderse de sus engaños y depravadas intenciones*. El segundo censor, Fr. Pedro de los Santos (de idéntico convento), no parece dispuesto a dejarse vencer por la loa. El librito se le antoja *un hermoso compuesto de flores olorosas... de que se guste la suavidad del olor que exhalan... y gozar de sus primeras fragancias*; este cursi irremediable, que escribe con un estilo bello (a cuyo lado el de Fr. Gerundio es pura calidad), estima que se debe agradecer que el autor haya convertido a su convento y orden en *La Centinela para que dando aviso y noticias de sus más atroces y encubiertos enemigos, que su ruina intentan se defienda y conserve intacta esta santa y hermosísima ciudad (Plasencia)*; insiste después (se ve que el pobre mentecato era estilista de una sola metáfora) en que autor ha fabricado *un tan hermoso ramillete que a unos da humo a narices y a otros da narices para el humo... a unos ofrece espinas en sus flores y a otros da flores para espinas; espinas avrá muchas ocultas en el valle que si se le arrimaran estas flores, salieran las mismas espinas espinadas y de estas flores sin alguna lesión de sus puntadas*. Después de este ejemplo escelso de necedad estilística, concluye asegurando que la obra *da remedio contra la peste judáica y es dulce colirio para este pernicioso contagio... medicina eficaz de tan mortales heridas como ocasionan al alma el trato y conversación con tan depravada gente*. Pero, sin duda, la palma de los proemios la lleva el aprobador, D. Diego Benito Olquín, Abogado de los Reales Consejeros, Alcalde Mayor de Truxillo y de Plasencia; en vista de que no parece haber leído el libro (pero tampoco le apasionaría el tema) sale del paso (supongo que con alguna prudencia, que la debería a su cargo) con una erudita (cuanto breve) disertación sobre la importancia militar del Centinela y los castigos que se aplican a quien descuida la vigilancia. Justamente a la inversa, el Padre González de Rosende, Provincial de la Orden, deduce emular al autor a cualquier precio, y redacta una segunda aprobación con camafeos como los siguientes: *Esta viña Católica se ha visto en todos*

*tiempos infestada de estos lobos sangrientos más que raposas astutas (alude, claro, a los judíos) ... todos son amarguras para el católico los ultrajes del judío... la cuarta y última vigilia corresponde a nuestro siglo en que esta nueva centinela avía de dar a conocer los estragos lastimosos que ha hecho y haze... la perfidia judáica, y para culminar un alarde como éste: los que más declaradamente contradicen a la verdad son los judíos y los que resisten son los que se exponen a mayor riesgo; pero el miedo no ha de arredrar la enseñanza. En fin nuestro Alcalde Mayor decide dedicar una semiepístola al franciscano descalzo (que tal es nuestro autor), tal vez para, trás reflexión, “mejorar” la tibieza de su aprobación anterior; en ella da suelta a su facundia y aparecen: los judíos como *Generación adúltera es la Hebrea, por tal fue repudiada la antigua Esposa Sinagoga*; el autor, como cargado de decente razón para *prorrumpir en abominaciones de tan inicuo linage* y la obra como *el Agua sagrada que necesitan los hebráicos incendios*²⁹.*

Su inclusión en este florilegio pretende recordar que una parte del intrincado laberinto de la consolación serpentea por la satisfacción equívoca de jugar con el trinomio miedo-victoria-venganza; el desarrollo de esta tríada nos llevaría demasiado lejos, de modo que matizaré, únicamente, dos características peculiaridades del fenómeno: la primera que, en realidad, se trata de un “juego” con tigres de papel, en los que, morbosamente, se sitúa un “miedo concreto” cuya derrota ya está “pactada” previamente y que, con bastante probabilidad, va a soportar, sobre sus espaldas, la “venganza” sobre los miedos y las frustraciones profundas más sólidas y reales; la segunda que mientras más “fuertes” y espantables sean presentados los sujetos del amedrentamiento, más fuerte será el sentimiento de satisfacción y reafirmación, cuando se presenten vencidos. Otros motivos más groseros de satisfacción son, por ahora, prescindibles.

Unas breves muestras del lenguaje y contenido, creo que avalarán lo dicho. Primero no está de más una coartada nada menos que divina: *Y así los castigó su Majestad a ellos, arrojándolos como pelotas por todo el mundo y poniéndolos como quartos de malhechores, desquartzados, en unas y otras partes, para que todos vean el castigo de sus maldades y la verdad de nuestra Santa Fe*. Si tal es el trato de “su Majestad”, no hay más que aproximarse al modelo, en la medida de las pobres fuerzas humanas: *‘En España, ¿que persecuciones no han tenido?, donde ha quedado su nombre tan infame y sangre tan vil y aborrecida que por lexos que venga esta raza, mancha mucho*. Tanto que no importan las generaciones y ya se insiste específicamente: *Dirán algunos (judíos) yo no soy como mis padres, ni como mis antepassados; pero yo tengo por cierto y aún certíssimo, entre esta gente... que son los hijos como sus padres*. Al

29. *Centinela...*, *op. cit.* Todas las citas corresponden a las censuras y aprobaciones previas que no tienen paginación.

fin y al cabo ya está avisado por autoridad papal (cita a Inocencio III) *que todos se guarden de ellos porque son traydores y dice suelen dar el pago aún a sus mayores amigos y a los que más se fian de ellos... como el ratón en la alforja, la culebra en el regazo y el fuego en el seno*³⁰.

Perfilado un retrato tan cabal, puntilloso y razonable, qué menos que contar algunas de las ejemplares anécdotas que *ciertísimamente*, protagonizaron: ... *Y porque en Francia el rey Felipe II tuvo también noticia de los grandes insultos que los judíos que vivían en su reyno cometían, crucificando en los días de su Pasqua niños inocentes, que para esto hurtaban, sirviéndose indecentemente de los Vasos Sagrados, que les empeñaban, y de christianos que persuadían a sus mismas culpas, cometiendo tantas y tales usuras que vinieron a ser señores... entró personalmente (el Rey) en la Judería de París y por sus propias manos mató gran número de ellos...*³¹. Claro que no sólo los reyes tienen privilegios de “vengar” los miedos; con algo de suerte cualquiera, de a pie, gozará del privilegio: ... *uno de estos (clérigos) dixo missa en cierta iglesia donde una judía portuguesa, a fin de hacerle desacato a Christo... en la hostia consagrada, comulgó, la qual sacando de la boca la partícula del Santísimo Sacramento la metió en la manga no tan a salvo que no fuese vista de un mozo francés que ayudaba a missa; el qual dando luego la noticia... salieron tras la vieja judía y alcanzándola... y sin aver cosa que lo pudiese impedir; la llevaron a una plaza donde con barriles de alquitrán la quemaron viva y luego, juntos todos aclamaron la voz de Dios y la honra de su santa religión*³². Espero que en tan breves muestras se perciba el juego miedo-victoria al que me referí más arriba y la peculiar sensación de pertenecer al bando de los victoriosos... ¡y además estar en la verdad!

4. *Sitiados por el terror: el P. Nieremberg*

No de todos los juegos del miedo se puede salir tan de rositas como en el libro de Torrejocillo. Hacerlo con este *Crisol de desengaños, con la memoria de la etenidad, postrimerías humanas y principales misterios divinos*, requería mucho más valor y firmeza. El P. Juan Eusebio Nieremberg era un tratadista sólido y un experto en anonadar almas; para colmo escribía bastante bien y por extenso. De los cinco “libros” de que se compone este tratado, cuatro se dedican mayoritariamente a hacer temblar de diversas maneras y, además, son los cuatro primeros (sobre el tiempo y la eternidad, sobre la muerte y el fin del tiempo, sobre la miseria de la vida temporal y

30. *Centinela...*, *op. cit.*, pp. 10-11.

31. *Centinela...*, *op. cit.*, p. 29.

32. *Centinela...*, *op. cit.*, p. 31.

sobre cielo e infierno), de manera que cuando el lector alcanza el libro quinto, allá por la página 370, donde podría remansarse en algún sosiego (siempre ascético pero no terrorífico) puede decirse que ha agotado su capacidad de resistencia si no ha muerto en el empeño.

Ya desde el principio, en una cadena retórica de evidentes reminiscencias de S. Juan Crisóstomo, se puede el lector ir entonando:

Pero aún esta curiosidad nos falta a nosotros que no preguntamos qué son las riquezas por las cuales pasan los mortales tantos peligros de muerte? Qué son las honrras por las cuales se rompen los corazones humanos de embidia y ambición? Qué son los deleytes por los cuales se estraga tanto la salud y viene a perderse la vida? Qué son los bienes de la tierra que sólo se pueden gozar en la peregrinación que hacemos en el destierro de esta vida y han de desaparecer a la entrada de la otra?...³³.

Dos páginas, adelante, se matiza algo más, para los obtusos: *Esta es la condición de los bienes de este mundo, que tienen resplandor y apariencia: pero son más frágiles que el vidrio, son menguados, son variables e inconstantes, con mil mudanzas que tienen; son corruptibles, caducos y mortales y sólo por el resplandor que muestran al sentido los buscamos como eternos y grandes³⁴.* Con todo y como la mayoría de lectores podrían considerar que *bienes de este mundo* no era precisamente lo que ellos poseían, aún podrían prometerse- las muy felices. Poco les durará, que, de inmediato, se adentra en la meditación de la eternidad:

En esta eternidad, pues, pensaba el Profeta de día y ésta meditaba de noche; ésta le forzaba a dar voces al cielo, ésta le hacía clamar a Dios, ésta le enmudecía y quitaba el habla con los hombres, ésta le pasmaba y hacía con su consideración saltar los pulsos; ésta le atemorizaba, ésta le ponía acibar en los gustos de esta vida y daba a conocer la pequeñez de todo lo temporal; ésta le hacía entrar dentro de sí y examinar su conciencia; ésta, finalmente, le reduxo a hacer una milagrosa mudanza de su vida³⁵.

Amenazadora como un tornado, *esta eternidad* se ofrece, todavía, con un nivel de abstracción relativamente cómodo; habrá, pues, que irla concretando. Después de una bellísima y notoria reflexión sobre la Amatista como *memoria de la eternidad* (Amethysto escribe él) comienza a ofrecer ya

33. NIEREMBERG, R. P. Eusebio: *De la diferencia entre lo temporal y eterno; crisol de desengaños, con la memoria de la eternidad, postrimerías humanas y principales misterios divinos*, Barcelona, 1766, p. 2.

34. *Diferencias entre lo temporal...*, op. cit., p. 4.

35. *Diferencias entre lo temporal...*, op. cit., p. 6.

esas *visiones* angustiosas que, seguramente, colaboraron a hacer de esta obra un clásico del género:

¿Cómo podría dormir a quien sólo sirviese de puente entre dos altísimos peñascos un estrecho madero de medio pie de ancho, corriendo mientras passaban vientos fortísimos y viendo que se caía de un horrendo despeñadero? No es menor el peligro de esta vida; porque el camino para passar al cielo estrechísimmo; los vientos de tentaciones, vehementísimos; los riesgos de ocasiones frequentísimos; los daños de los males exemplos, grandísimos; los engaños de los ruines consejeros muchísimos³⁶.

Pero al fin, esta cuidada estilística no es más que el introito. En aras de la brevedad daremos un buen salto para alcanzar baterías de mayor calibre. Unas pinceladas sobre el juicio final ayudarán:

Al punto embestirá en los miserables el fuego de aquel incendio del mundo y la tierra se abrirá y el infierno ensanchará su garganta para sepultarlos eternamente en su abysmo... y todos los que no estaban escritos en el libro de la vida fueron echados en el estanque de el fuego y piedra azufre, donde serán atormentados de día, de noche por todos los siglos de los siglos... y ésta es la muerte segunda, amarga y eterna que comprehende almas y cuerpos³⁷.

O estos otros sobre la muerte en particular:

Si supieses que un tiro de artillería querían dispararte y que no podrías huir el golpe, no sabrías que hacerte; pues qué si te dixesen ya está disparado? Murieras con sólo el susto. Pues sábetes que mucho más precipitada y ligeramente se ha disparado contra tí el tiro de la muerte y que no hay quarto de hora que no corra por alcanzarte más de diez millones de leguas; y no sabes de donde partió ni a dónde está ya; porque aunque estuviera muy lexos de tí, ella corre con tanta prissa que no puede dexar de dar contigo muy presto; pero no sabes de quan lexos partió, debes, por momentos, estarla esperado, pues por momentos viene³⁸.

Y, en definitiva, llegar no es lo peor; lo peor viene después, esa *segunda muerte amarga* no es sólo amarga: *qué tormento fuera si viéramos echar a uno esposas y grillos de fuego de manera que los hierros de las esposas y grillos estuviesen encendidos como un asqua? Quién pudiera sufrir tal género de prisiones? Pues esta prisión tan rigurosa y mucho más hay en el infierno. Estos cuerpos igneos que han de servir de prisiones y cepos a los condenados, dicen graves docto-*

36. *Diferencias entre lo temporal...*, op. cit., pp. 12-13.

37. *Diferencias entre lo temporal...*, op. cit., p. 166.

38. *Diferencias entre lo temporal...*, op. cit., p. 53.

res, que han de tener formas terribles y proporcionadas a sus pecados y que pongan asombro con sólo verlas³⁹.

No tendría sentido seguir llenando papel con las minuciosas y morosas descripciones de los tormentos, sentido por sentido, acumulando “exempla” de santos y sus visiones (con lo que, de paso, se refuerza la vertiente de naturalizar lo maravilloso, demonios inclusive) de modo que nos despediremos de nuestro jesuíta con dos últimos cortes de este tipo de “exempla”, de los cientos que se incorporan al texto:

Estando otro religioso para morir vió los demonios tan feos, tan abominables, tan espantosos, que, como fuera de sí, con horrible vista, comenzó a dar voces descompassadas diciendo: Maldita sea la hora en que entré religioso... no os maravilléis de mi turbación porque vi dos demonios de tan abominable vista que si encendiése aquí un fuego de piedra azufre y metal derretido tan fuerte que huviera de durar desde ahora hasta la fin del mundo, escogiera antes pasar por él que volver a verlos. Pues si dos de ellos causaron tal assombro y horror, qué hará la vista de tantas legiones o compañías de ellos, unos más feos que otros, todos encarnizados en su tormento?

Cerraremos con una “panorámica” infernal de Sta. Liduvina que sirva para simbolizar el diseño mayoritario del libro de Nieremberg:

También Santa Liduvina oyó en el Infierno, en medio de grandes llantos y gemidos, mucho ruido de golpes y martilladas con que eran atormentados crudelísimamente los condenados; significándose en estos azotes y golpes de martillo la violencia con que cargan sobre los miserables condenados todo género de penas de las quales estarán hechos esclavos... Pero quién podrá decir cuántos sean estos tormentos y quan grandes, pues todas sus potencias y sentidos y alma y cuerpo los han de padecer violentísimos y cada miembro estará con mayor dolor que si se arrancara del cuerpo... qué será cuando no hay parte ni artejo (articulación) ni punto de su cuerpo que no le duela intensísimamente, no sólo la cabeza o muelas pero también pecho, costado, hombros, espaldas, corazón, manos, hijada, muslos, rodillas, pies, nervios, venas y todas las entrañas hasta los mismísimos huesos?⁴⁰.

5. Sermones y política: los ladridos del P. Posadas, perro de la Iglesia

Vamos a cerrar esta pobre y escuálida muestra de la variada gama de la “consolación”, enmarañada en la literatura devocional, con una, no muy

39. *Diferencias entre lo temporal...*, op. cit., p. 323.

40. *Diferencias entre lo temporal...*, op. cit., pp. 328-329.

común, colección de sermones editados. Lo poco común no es el género (que, por el contrario, disfrutó de ediciones sin cuento) sino el hecho, hasta cierto punto “morboso”, de que se diesen al público una colección de Sermones de Cuaresma, *predicados a puerta cerrada*, en las salas capitulares del Ayuntamiento de Córdoba, a los municipales solos y por expresa invitación que ellos hicieron a un predicador de tronío como el P. Posadas. Siendo el tiempo de Cuaresma de penitencia y definiéndose el predicador como *uno de los perros que tiene esta ciudad para que ladre evangélico*, no pocos lectores estarían dispuestos a pagar por conocer los colmillazos del benemérito predicador a sus ediles; pocos repararían en que la edición (1696) fue costeada por los propios señores Diputados. Aún así, nuestro P. Francisco estimó útil dar alguna explicación en un prólogo al lector: *Fuera de que no es nuevo en el mundo que se escriba lo que se advierte en la Sala de un gobierno. Lo que se escribe permanece... lo que se dice passa; porque el ayre que lo lleva de los oydos, lo arrebatá de los ojos, y así ha sacado más discípulos el ver que el oír. Es la imprenta como una luz que manifiesta a los ojos lo que oyeron los oydos... Estámpandose (oh lector mío) estos ladridos para la Sala de un gobierno, danse a la luz para que cada uno de los Capitulares vea en su Casa lo que oyó entre las paredes del Cabildo* ⁴¹.

Algo convendrá decir de las censuras y aprobaciones que acompañaban el librito. En la censura, Fr. Gaspar de Santaella, O.P., predicador de su Majestad y precisamente el maestro de nuestro P. Posadas, moteja al discípulo (y con él a toda la orden) de *perro de la Iglesia por su profesion... pues desde los primeros años ha procurado hacer presa en su doctrina, no sólo en los hombres domésticos de los poblados sino en los montaraces de los Desiertos*. Se limita pues a seguir el juego de ingenio de Domini Canis y los ladridos, concluyendo *que en la lengua tiene el perro la medicina*. Algo distinta (aunque igualmente laudatoria) podría parecer la Aprobación (también de otros dos dominicos) en la que se olfatea alguna mayor “prudencia” frente a la edición. Apoyándose en ella, se consideran en la obligación de puntualizar que *no se debe pedir infalible certitud al retórico moral, especialmente en lo tocante a la ciencia civil. Porque la variedad de Jueces, tiempos, lugares, causa de que lo que oy se reputa por acertado, después se juzga por no conveniente*. Teniendo en cuenta la materia de los sermones más parece una petición de excusas a los señores ediles que otra cosa. Sobre todo cuando, al final, se insiste en que *no sólo es preciso que el Superior sepa mandar, menester es que sepa el súbdito obedecer... Doctrinas encierra este libro, que a un tiem-*

41. POSADAS, FR., Francisco de: *Ladridos evangélicos de el Perro, dados a la nobilísima ciudad de Córdoba...*, Córdoba, 1696; la cita en el prólogo al lector, del mismo autor, sin paginar.

po enseñan a los Jueces, cómo cuándo y qué cosas han de mandar y a los inferiores la rendida sugestión con que deben obedecer. De este modo, la Aprobación vuelve a insistir, precautoriamente, que si se vapulea a los gobernantes, no faltará un varapalo a los gobernados. Con razón adelanté que “prudencia” podría llamarse esta figura.

Tres ejemplos solamente para gustar esta otra vía de consolación, adobada con el gusto de una buena retórica oratoria:

No son Useñorías otra cosa que exploradores del gobierno para la Ciudad. Deben conservar la paz los unos con los otros... y estar unidos porque la oposición de los dictámenes cría revoluciones en los pueblos. La paz Señor es la que hace el dictamen ageno que sea como propio y que los Cabildos sean quietos; porque cuando en los Cabildos no hay dictamen mío ni tuyo, viene en gran quietud el Apuntamiento; oiga VS. a Séneca Vivieran los hombres en la tierra con gran quietud de vida si se quitaran del mundo estas dos voces mío y tuyo... ¿De dónde se atrofian los despachos, de dónde se detienen las Causas? ¿De dónde se atrasan de la República las conveniencias? ¿De dónde se impiden las operaciones de las justicias? De querer cada uno que tenga ser el dictamen suyo porque no se logre el del otro⁴².

Pese a la voluntaria abstracción, el perro de la Iglesia no hace sino enseñar los colmillos; en otro sermón abrirá más la boca:

El remedio para la ceguedad de los negocios está en la cabeza de cada uno de su señorías; si no baja de la cabeza a la boca en los Ayuntamientos, se estarán los negocios ciegos... Juntó Christo la saliva con el polvo (para curar el ciego del evangelio) y fue conveniente... porque es menester humanarse lo divino con lo humano para que tengan luz los negocios. Oh, qué dellos se quedan ciegos en los Cabildos porque Useñorías no se humanan; no se quiere humanar lo divino de los unos con lo humano de los otros... porque ay Veinticuatro y Jurados, pero es menester que se unan...⁴³.

Pasemos por alto la fina metáfora (los veinticuatro, saliva divina, los jurados, polvo) y atendamos ya a algún “ladrido” de cierta consideración:

Quién dirá los baxios y los escollos en mar tan proceloso (que amenazan a la ciudad)... Algunos anotaré que he descubierto con el olfato de la sagacidad; ponga VS. el oído a el Perro que ladra puesto que a su casa avisa con las voces. Se ha de cerrar la puerta a los ruegos a favor de los delinquentes porque los delitos no tengan intercessor es, que se hacen audaces con la esperanza en los Padrinos. Quando instaren los empeños, responda V.S. que la justicia cerró la

42. *Ladridos...*, op. cit., p. 18.

43. *Ladridos...*, op. cit., p. 38.

puerta... para que los perdonados no alienten a los delinquentes y peligre la República con los que tolera... porque los delinquentes pagan las súplicas haciendo rogador al dinero que sin tener boca hace a los que suplican que den gritos y que los justicias se vean en políticos aprietos⁴⁴.

Ya no hay más abstracción que la quisieran entender Useñorías porque el predicador los está poniendo de corruptos, de ladrido en ladrido y de más los pondrá como se verá a continuación:

Tenga V.S. en la memoria las causas de los presos para que la justicia le dé a cada uno su merecido... Vuelva V.S. a la memoria los muchos presos que ay en la prisiones, que por pobres y no tener para el Abogado, para el Escribano y para el Procurador se dilatan y padecen, reddeat (vuelva). Vuelva a la memoria el que los que deben dar passos por los pobres en la solicitud de sus causas, no lo hacen porque no les pagan, reddeat... Mire que si se olvida de los encarcelados, Dios no se olvida de los presos... Oyga V.S. lo que le dicen desde las prisiones, las causas... ¡acuérdate de nuestro juicio... esto dice la viuda, el pupilo, el pobre que no tiene con que pleitear, el que padece violencia del rico, el que es atropellado del poderoso... Salgan Useñorías, como tienen obligación, todos los meses a registrar por los tratos las varas y medidas, conozcan sus desigualdades, que de lo contrario se introducen ladrones, en daño de los caudales y el bien común lo padece, que ladrones permitidos son más dañosos que los no tolerados, porque a los unos la permisión los descara como a los otros el miedo los reprime... Todos los años vemos cerrados los tratos, parado el comercio, careciendo los moradores de lo que han menester para el avío de sus cosas, porque los Ministros por cuya cuenta corre el que se concierten con la Alcabala, queriendo alegar méritos para sus pretensiones, aumentan el precio para que fuere el aumento en la hacienda Real... porque quieren lewantarse con los caudales oprimidos de los otros y que sea mérito... Ya sé que me dirá V.S. que no toca a el Régimen de la ciudad este punto. Respondo que sí, porque cuando la voluntad del alma de la Justicia conoce el exceso, los ancianos de la República deben representar al Rey los inconvenientes para que se remedien los daños⁴⁵.

Mi exceso reconozco yo y termino. Textos prometí y textos han tenido. Desde Angeles y Arcángeles hasta lúcidos perros; desde frailes cursis a monjas megalómanas y descalzos fanáticos; desde ascetas macabros a beatas milagreras. Que aprovechen a vuestas mercedes que no son mal balcón para asomarse a la mentalidad barroca.

44. *Ladridos...*, op. cit., p. 42.

45. *Ladridos...*, op. cit., pp. 54-67.